

El legado de una era de esplendor: Hipólito Sancho, historiador de la Edad Moderna portuense¹

Juan José Iglesias Rodríguez*

En torno a 1993, coincidiendo con el centenario de su nacimiento, le fueron rendidos diversos homenajes al historiador y erudito portuense Hipólito Sancho de Soprani. Ya en vísperas de dicho año, en 1992, la Academia de Bellas Artes Santa Cecilia le dedicó a don Hipólito la celebración del Día del Libro². La Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de El Puerto de Santa María organizó, por su parte, un ciclo de conferencias en homenaje a Sancho de Soprani, que fueron algo más tarde publicadas en forma de libro colectivo³. También en 1993, la Concejalía de Cultura tomó la iniciativa de publicar una obra inédita de don Hipólito sobre el colegio de la Aurora⁴. Pero quizás el mayor y mejor homenaje que se dispuso por aquel entonces a la memoria del historiador fue la publicación, en la colección Biblioteca de Temas Portuenses, de su biografía y bibliografía, preparadas por Fernando Toscano de Puelles⁵.

Estos reconocimientos, que no son los únicos que ha recibido don Hipólito⁶, constituyen tributos debidos a su memoria y su obra. El meritorio esfuerzo de recopilación de Toscano de Puelles nos sitúa frente a la magnitud de ésta. Más de 450 títulos, entre trabajos mayores y menores, quedan recogidos en sus páginas.

* Catedrático y director del departamento de Historia Moderna de la Universidad de Sevilla, así como vicepresidente de la Fundación Española de Historia Moderna. jjiglesias@us.es

1 Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto de I+D+i “Andalucía en el mundo atlántico: actividades económicas, realidades sociales y representaciones culturales (siglos XVI-XVIII)”, HAR2013-41342-P, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

2 *Pliegos de la Academia*, nº 4 (julio 1992).

3 *El Puerto de Santa María entre los siglos XIII y XVI. Estudios en homenaje a Hipólito Sancho de Soprani*, El Puerto de Santa María, Concejalía de Cultura, 1995.

4 Hipólito Sancho de Soprani, *Un centro cultural del siglo XVIII: la cofradía y Escuelas Pías de Nuestra Señora del Rosario de la Aurora*, El Puerto de Santa María, Concejalía de Cultura, 1993. Prólogo de Ana Becerra Fabra.

5 Fernando Toscano de Puelles, *Bibliografía y recuerdo de Hipólito Sancho de Soprani*, El Puerto de Santa María, Concejalía de Cultura, 1993.

6 También hay que contar, por ejemplo, la reedición a cargo de la Academia de Bellas Artes Santa Cecilia, coincidiendo con el quinto centenario del descubrimiento de América, del libro de Hipólito y Sancho y Rafael Barris, *El Puerto de Santa María en el descubrimiento de América*, Madrid, 1992, prologado por M^{ra} del Carmen Cebrián González.

Cualquier crítica, legítima o no, en mayor o menor grado afortunada u oportuna, debería pararse de antemano a considerar esta cifra, difícilmente al alcance de cualquiera.

El conjunto de esta ingente obra gravita en torno a varios ejes temáticos claramente definidos. En su mayor parte, se trata de trabajos que Hipólito Sancho dedicó a la historia de El Puerto de Santa María, Jerez de la Frontera y Cádiz en los siglos bajomedievales y modernos, así como a las relaciones entre España y el norte de África en los momentos finales de la Edad Media y en la temprana modernidad. Se definen así nítidamente las coordenadas espacio-temporales sobre las que este historiador trabajó y publicó de preferencia a lo largo de cinco décadas de intensa actividad historiográfica y publicística.

1. La obra portuense de Hipólito Sancho de Sopranis

El Puerto de Santa María y su historia están presentes en gran parte de los trabajos de Hipólito Sancho, aunque se refieran a otros ámbitos espaciales diferentes. Específicamente, Sancho de Sopranis dedicó una cincuentena larga de títulos a esta ciudad, todos ellos encuadrados cronológicamente en la Baja Edad Media y en los siglos modernos.

Aunque, por su temática medievalista, quedarían fuera de los propósitos que nos hemos marcado con este trabajo, no podemos dejar de mencionar, en primer lugar, los trabajos que Sancho dedicó a la incorporación de El Puerto a la Corona de Castilla y a su posterior repoblación, en tiempos de Alfonso X. El primero de ellos, exponente de la larga relación del historiador con la revista tangerina *Mauritania*, se publicó en dos entregas consecutivas en el año 1939 y se ocupó del paso de El Puerto a los dominios cristianos⁷. Dos años más tarde, en la misma revista y también en dos entregas, publicó un artículo sobre la orden y santuario de Santa María de España⁸. Entre ambos, dedicó otro trabajo a la carta-puebla otorgada por el rey Sabio a la primitiva villa medieval⁹.

7 “La reintegración del Puerto de Santa María a los dominios cristianos (Siglo XIII)”, *Mauritania*, 141 (agosto 1939), pp. 245-248 y 142 (septiembre 1939), pp. 277-279. Seguimos en las citas de las obras de Hipólito Sancho, con mínimas correcciones que hemos realizado, la *Bibliografía* citada de Toscano de Puelles.

8 “Santa María de España en el Puerto. Un santuario de Alfonso X que resucita”, *Mauritania*, 161 (abril 1941), pp. 146-147 y 163 (junio 1941), pp. 135-137.

9 “La ‘carta-puebla’ de Santa María del Puerto”, *Mauritania*, 162 (mayo 1941), pp. 180-182. Los trabajos alfonsinos publicados por Hipólito Sancho fueron reunidos y reeditados con motivo del 700 aniversario de la carta-puebla fundacional. Hipólito Sancho de Sopranis, *Alfonso X el Sabio y El Puerto de Santa María (trabajos dispersos)*. Prólogo de Juan Abellán. Cádiz, Fundación Municipal de Cultura de El Puerto de Santa María y Editorial Almena, 1985.

Las relaciones con el norte de África y, en general, con el mundo atlántico que se abría a fines de la Edad Media y en los albores de la Moderna, fue también un tema frecuentado por Hipólito Sancho. En íntima relación con esta temática están los estudios que consagró a la colonia portuguesa de El Puerto y a su estrecha vinculación, entre otras actividades, al abastecimiento de las plazas lusas norteafricanas. Publicó así, en colaboración con Tomás García Figueras, dos expedientes de abastecimiento de los años sesenta del siglo XVI promovidos por factores portugueses¹⁰, una serie sobre la colaboración de Jerez y El Puerto con Portugal en el norte de África¹¹ y un artículo póstumo sobre los factores portugueses en Andalucía¹². En la línea de las relaciones de El Puerto con el mundo atlántico de los siglos XV y XVI, se ocupó también del comercio entre El Puerto y Marruecos en el siglo XVI¹³, de la presencia de Canarias en los protocolos notariales portuenses¹⁴, de las relaciones entre los marinos de poniente y de El Puerto de Santa María en vísperas del Descubrimiento¹⁵, del protagonismo de la ciudad en este crucial hecho histórico¹⁶, y de las pesquerías norteafricanas en el siglo XVI¹⁷.

10 Hipólito Sancho y Tomás García Figueras, *Documentos para el estudio del abastecimiento de las plazas portuguesas desde el sur de España. Dos expedientes de abastecimiento de Mazagán, Tánger y Ceuta por factores portugueses del Puerto de Santa María (1563-1567)*, Tánger, Instituto para la Investigación Hispano-Árabe, 1939.

11 Hipólito Sancho de Soprani, “Un foco de cooperación española a la obra portuguesa en África. Jerez de la Frontera y el Puerto de Santa María (1500-1550)”, *Mauritania*, 185 (abril 1943), pp. 93-96; 186 (mayo 1943), pp. 123-126; 188 (julio 1943), pp. 183-185; 189 (agosto 1943), pp. 218-220; 190 (septiembre 1943), pp. 257-260; 191 (octubre 1943), pp. 276-279, y 192 (noviembre 1943), pp. 325-328. Esta serie fue proseguida unos años más tarde en la misma revista con otro artículo de muy similar título: “Un foco de cooperación a la obra portuguesa en África. Jerez de la Frontera y el Puerto de Santa María al mediar el siglo XVI”, *Mauritania*, 245 (abril 1948), pp. 87-88, y 250 (septiembre 1948), pp. 209-210.

12 “Nuevas noticias sobre la factoría portuguesa de Andalucía”, *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, 72 (octubre 1964), pp. 65-78.

13 “El comercio entre el Puerto de Santa María y las plazas marítimas de Marruecos durante el siglo XVI”, *Mauritania*, 168 (noviembre 1941), pp. 343-345; 169 (diciembre 1941), pp. 372-374; 172 (febrero 1942), pp. 56-50, y 173 (marzo 1942), pp. 89-91.

14 “Miscelánea histórica canaria. Siglo XV. 1483-1491. Notas sacadas del protocolo de Hernando de Carmona, escribano del Puerto de Santa María”, *Revista de Historia*, 18 (1952), pp. 34-41.

15 “Las relaciones entre los marinos de Poniente y del Puerto de Santa María en el decenio 1482-92. Según las notas del escribano portuense Hernando de Carmona. 1483-84”, *Estudios Geográficos*, 37 (1949), pp. 669-699.

16 Hipólito y Sancho y Rafael Barris, *El Puerto de Santa María en el Descubrimiento de América*, Cádiz, Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes, 1926. Ver nota nº 5.

17 Hipólito Sancho de Soprani, “Los pescadores de San Vicente de la Barquera en las pesquerías de la costa occidental de Marruecos durante el año 1572”, *Mauritania*, 177 (agosto 1942), pp. 249-251. Los pescadores cántabros y, en especial, los de San Vicente, mantuvieron una activa presencia en las pesquerías de la costa atlántica del norte de África. Utilizaban El Puerto de Santa María como escala de sus viajes y como lugar de abastecimiento de víveres y sal para sus expediciones.

Sancho de Sopranis no sólo realizó notables contribuciones al conocimiento de la presencia portuguesa en la Baja Andalucía atlántica, sino también al de otras colonias extranjeras asentadas en la misma área. Particular querencia, debido a sus remotos orígenes familiares, manifestó por el estudio de los genoveses, colonia de gran importancia en la Baja Edad Media y durante la Edad Moderna en ciudades como Sevilla, Cádiz y El Puerto, a la que dedicó uno de sus más notables trabajos¹⁸.

Don Hipólito también se interesó por importantes personajes vinculados de una u otra forma a El Puerto de Santa María, que tuvieron presencia en la ciudad y que se ocuparon de su gobierno o participaron con un papel protagonista en las empresas marítimas de la Monarquía Hispánica. Es el caso de mosén Diego de Valera¹⁹, de Charles de Valera²⁰ o de Manuel Filiberto de Saboya²¹. Estrechamente vinculados a ellos, encontramos otros valiosos trabajos de Hipólito Sancho acerca de las instituciones de gobierno portuenses en los albores de la modernidad²² y sobre la flota de las galeras reales de España, cuyo invernadero y principal base operativa estuvo en El Puerto de Santa María²³.

Los estudios de Sancho de Sopranis sobre grupos concretos de la sociedad portuense moderna no se limitaron a las colonias extranjeras como la genovesa o la portuguesa. También se interesó por otros sectores sociales, ya privilegiados o marginales. De esta forma, encontramos en su producción trabajos sobre la nobleza (en

18 “Los genoveses en la región gaditano-xericense de 1460 a 1800”, *Hispania*, 8 (1948), pp. 355-402.

19 “Sobre Mosén Diego de Valera. Notas y documentos inéditos”, *Revista del Ateneo*, nº 57 (enero-febrero 1932), pp. 5-8, y nº 58 (marzo-abril 1932), pp. 32-34. Este trabajo lo firmó bajo el seudónimo de Sancho de Melgar. “Forjadores de Imperio. Mosén Diego de Valera”, *España*, 12 de abril de 1939. “Sobre Mosén Diego de Valera. Notas y documentos para su biografía”, *Hispania*, 7 (1947), pp. 531-553.

20 “Charles de Valera”, *Hispania*, 11 (1951), pp. 413-540.

21 “Manuel Filiberto de Saboya en el Puerto de Santa María”, *Guión*, 15 (junio 1935), pp. 3-4; “Manuel Filiberto de Saboya, Capitán General de la Mar. Tras de su huella y de sus recuerdos en el Puerto de Santa María. Notas y documentos inéditos”, *Archivo Hispalense*, 2ª época, tomo 6, nº 15 (1946), pp. 41-76; nº 16, pp. 205-232, y nº 17, pp. 327-375.

22 “El primer corregidor del Puerto”, *Hoja Municipal*, nºs 21-24 (1937). “Las magistraturas del concejo del Puerto en los siglos XV y XVI (1467-1596)”, *Mauritania*, 151 (junio 1940), pp. 201-203. “Alcaides de la fortaleza del Puerto de Santa María durante los siglos XV y XVI (1467-1600)”, *Mauritania*, 152 (julio 1940), pp. 268-269. “Una ficha para la sigilografía comarcal. Los sellos del concejo del Puerto de Santa María”, *Diario de Cádiz*, 25 de octubre de 1942 (firmado con el seudónimo Cibo d’Oria).

23 “El Hospital Real de las Galeras del Puerto de Santa María”, *Revista General de Marina*, vol. CXXIII (marzo 1942), pp. 337-348. También publicado en *La Caridad*, nº 21 (septiembre 1942), pp. 311-319; nº 23 (noviembre 1942), pp. 392-400, y nº 25 (enero 1943), pp. 31-33.

colaboración con José Antonio de Jaques)²⁴, los judíos²⁵ o los esclavos²⁶. Algunos de ellos, como los que dedicó a los nobles, representan la expresión de la continuidad de una preocupación por el conocimiento de las élites portuenses en los siglos modernos que ya está presente de forma clara, como veremos algo más adelante, en su Historia de la ciudad publicada en 1943.

Las instituciones religiosas y asistenciales de El Puerto moderno también están muy representadas en la producción de Hipólito Sancho. Ya se trate de conventos²⁷, hospitales²⁸, capillas²⁹ o centros de enseñanza³⁰, el historiador portuense abordó aspectos variados de una realidad que guardó estrecha relación con el crecimiento de la ciudad, su importancia en el contexto de aquellos siglos y el patronazgo ejercido por sus señores jurisdiccionales, los duques de Medinaceli, o por otros importantes personajes de la época.

Lo mismo, y en estrecha relación con lo anterior, ocurre en el caso de las cofradías, devociones y otras manifestaciones religiosas y piadosas. Así, en la amplísima bibliografía de don Hipólito encontramos artículos y trabajos sobre la hermandad de la Soledad³¹, el culto a San Sebastián³², las cofradías penitenciales portuenses³³, el patronato y devoción a la Virgen de los Milagros³⁴, el culto a la Virgen del Pilar³⁵,

24 Hipólito Sancho de Soprani y José Antonio de Jaques y Mesón, “Alistamiento de nobles y auxilio económico a la Corona en el Puerto de Santa María (Cádiz). Año de 1641”, *Hidalguía*, 4 (1956), pp. 81-86. “Las blancas de carne de Andalucía (Puerto de Santa María. Años 1596-1696)”, *Hidalguía*, 4 (1956), pp. 385-388. “Documentos de carácter nobiliario en el Archivo Municipal de Puerto de Santa María (Cádiz). Años 1495-1825”, *Hidalguía*, 5 (1957), pp. 49-64.

25 Hipólito Sancho de Soprani, “La judería del Puerto de Santa María de 1483 a 1492”, *Sefarad*, 13 (1953), pp. 309-324.

26 “Estampas del pasado. Esclavos en el río”, *Mauritania*, 144 (noviembre 1939), pp. 358-359.

27 “El convento de San Antonio el Real de los Descalzos del Puerto de Santa María”, *Archivo Ibero-Americano*, 18 (1958), pp. 93-150.

28 “El Hospital Real de las Galeras...”, art. cit.

29 “La capilla de las galeras del Puerto de Santa María”, *Revista General de Marina*, 125 (1943), pp. 571-580.

30 *Un centro cultural portuense...*, op. cit.

31 “Apuntes históricos. La Real Hermandad del Santo Entierro y Nuestra Señora de la Soledad”, *Revista Portuense*, 29 de abril de 1923 (firmado como Rafael de Ayraldo).

32 “San Sebastián, protector del Puerto de Santa María. Ensayo de investigación directa”, *Revista Portuense*, 14-30 de enero de 1930 (quince entregas, firmadas como S. de M.).

33 “Notas sobre las cofradías y estaciones de penitencia del Puerto de Santa María en los últimos años del siglo XVII y siguientes”, *Revista Portuense*, 23 de marzo-11 de abril de 1930 (siete entregas, firmadas como S. de M.).

34 *La ciudad del Puerto de Santa María y Nuestra Señora de los Milagros*, Jerez de la Frontera, 1934. “Los orígenes del culto de Santa María del Puerto. 1255-1500”, *Guión*, nº 16 (julio 1935), pp. 3-4; nº 17 (agosto 1935), pp. 19-20; nº 18 (septiembre 1935), pp. 1-2; nº 19 (octubre 1935), pp. 1-2, y nº 20 (noviembre 1935), pp. 4-5. Firmados como Pedro Hisan.

35 “El culto de Nuestra Señora del Pilar en el Puerto de Santa María”, *Doce de Octubre*, 7 (octubre 1948), pp. 25-26.

y la cofradía de San Telmo³⁶. También dedicó una larga serie a la relación del beato fray Diego José de Cádiz con El Puerto³⁷.

Finalmente, y salvo la referencia a algunos trabajos menores de carácter genérico³⁸ (además, claro está, de su gruesa obra sobre la historia de la ciudad entre 1259 y 1800, que analizamos en el siguiente epígrafe), podemos concluir este repaso a la obra portuense de Hipólito Sancho de Sopranis con una alusión a sus trabajos sobre la historia del arte. Don Hipólito también se dedicó al estudio de las dimensiones artísticas, y sobre todos a las manifestaciones arquitectónicas, de las ciudades cuya historia estudió. En el caso de El Puerto, escribió, como no podía ser menos, sobre la Iglesia prioral³⁹, el castillo de San Marcos⁴⁰ y otros diversos ejemplos del arte portuense⁴¹. A estos trabajos puntuales precedió un temprano libro escrito en colaboración con Rafael Barris que reunió diversos estudios sobre la capilla de Benavides de la Iglesia prioral, el propio castillo de San Marcos y el monasterio de la Victoria, entre otros⁴².

2. Una aportación fundamental: la Historia del Puerto de Santa María (1943)

Para muchos, la *Historia del Puerto de Santa María* representa la obra cumbre de Hipólito Sancho. Con seguridad, podemos afirmar que, al menos, lo es en lo que se refiere a su producción sobre El Puerto. Esta obra, que firmó como Hipólito Sancho

36 “La cofradía de mareantes de San Telmo del Puerto de Santa María”, *Revista General de Marina*, 166 (1964), pp. 799-807.

37 “El Beato Fray Diego en El Puerto de Santa María. Noticias y documentos inéditos”, *Revista Portuense*, 7-26 de marzo de 1929 (diecisiete entregas, firmadas como S. de M.)

38 “Puerto de Santa María. Historia, arte y riqueza comercial e industrial”, *Mundo Ilustrado*, 84 (julio 1941), 4 páginas sin numeración. “Características históricas del Puerto de Santa María”, *ABC*, edición de Sevilla, número extraordinario dedicado a El Puerto de Santa María en el verano de 1945 (artículo que firmó como Cibo d’Oria, uno de sus diversos seudónimos). “El Puerto de Santa María”, en *VI Jornadas Literarias por la Provincia de Cádiz*, Jerez de la Frontera, Diputación Provincial de Cádiz, 1959, pp. 86-88.

39 “La Iglesia Mayor Prioral”, *Revista Portuense*, 9-12 de septiembre de 1923 (tres entregas). “La Iglesia Prioral del Puerto de Santa María y Antón Martín Calafate”, *Guión*, 26 (mayo 1936), pp. 5-7.

40 “El santuario alfonsí de Santa María del Puerto. La absidiola”, *Mauritania*, 157 (diciembre 1940), pp. 418-421. “Del tiempo en que convivían árabes y cristianos. La torre sur del monasterio alfonsino de Santa María del Puerto”, *Mauritania*, 160 (marzo 1941), pp. 90-91. “La torre del homenaje de Santa María del Puerto. Ejemplar de fortificación gótico-mudejárca”, *Mauritania*, 183 (febrero 1943), pp. 50-53.

41 “Una pintura franciscano-concepcionista. El retablo de la antigua carnicería del Puerto de Santa María”, *El Santuario de Regla*, año IV, nº 20 (marzo-abril 1954), pp. 27-29, y nº 21 (mayo-junio 1954), pp. 27-29.

42 Hipólito Sancho de Sopranis y Rafael Barris Muñoz, *Rincones portuenses. Estudios de historia y arte referentes al Puerto de Santa María*. Prólogo de Pelayo Quintero Atauri. Cádiz, 1925. Esta obra contiene también otros trabajos referentes a la historia eclesiástica española, los orígenes del supuesto patronato de San Francisco Javier sobre El Puerto de Santa María y el pendón real de El Puerto.

Mayi, fue premiada en 1942 en un concurso convocado por la Diputación Provincial de Cádiz, y publicada un año después a cargo de la misma institución⁴³, siendo reeditada en 2007, con un premio de Manuel González Jiménez y Juan José Iglesias Rodríguez, por la Universidad de Cádiz⁴⁴.

En este importante libro, Hipólito Sancho se ocupó de la historia de la ciudad desde la segunda mitad del siglo XIII hasta fines del XVIII. Un período en el que se produjo la incorporación de El Puerto a la Corona de Castilla, se llevó a cabo la organización del dominio cristiano de la ciudad y quedó definido el papel que ésta jugaría en la política atlántica de la monarquía castellana. Particular interés revisten las consecuencias de la vinculación de El Puerto al comercio colonial americano, con un activo papel en las últimas décadas del siglo XVII y durante buena parte del XVIII. Se trató de una época de crecimiento poblacional, urbano y económico para la ciudad, aunque con alternativas de diverso signo, durante la cual se consolidó una poderosa e influyente oligarquía de poder integrada en buena parte por cosecheros, cargadores a Indias y comerciantes. Durante la misma, la ciudad se vio enriquecida con la construcción de numerosas casas-palacios, edificios civiles y religiosos que fueron, y en muchos casos siguen siendo, testigos elocuentes de un momento de esplendor. Es justamente en este sentido —y no en el que se refiere a los momentos en los que vivió y trabajó Hipólito Sancho de Sopranis— en el que se emplea la expresión “el legado de una era de esplendor” en el título del presente trabajo.

A la Edad Moderna, Hipólito Sancho dedica los libros II, III y IV de su historia de El Puerto de Santa María. El primero de ellos (“La villa marítima y mercantil”) se centra en el siglo XVI, una etapa en la evolución histórica de la población en la que destaca de manera especial su vinculación con el mundo atlántico. El océano, el norte de África y América son las coordenadas sobre las que se inscribe el desarrollo de El Puerto en aquel momento vibrante de su historia.

Por entonces, las relaciones con Portugal eran estrechas. El Puerto desempeñaba un importante papel estratégico en tanto que eslabón de conexión entre el vecino reino y sus colonias africanas, ejerciendo como centro de recluta, de abastecimiento y de información. La colonia lusa, representada a través de sus factores, llegó a tener un notable peso específico en la organización de la sociedad local. Pero no fue la única: otras numerosas y activas colonias extranjeras tomaron asiento en la ciudad para desarrollar sus actividades, de índole sobre todo mercantil. Franceses,

43 Hipólito Sancho Mayi, *Historia del Puerto de Santa María desde su incorporación a los dominios cristianos en 1259 hasta el año mil ochocientos. Ensayo de una síntesis*, Cádiz, 1943.

44 Me atengo básicamente en lo que sigue a lo que ya expuse en dicho premio.

flamencos, genoveses e irlandeses, junto con los portugueses, nutrieron tales colonias, confiriendo un ambiente cosmopolita y abierto a la población. El Puerto era por aquel entonces una villa marinera que disponía de un numeroso y experimentado sector de pescadores que se aventuraban con sus embarcaciones en las lejanas aguas de las pesquerías norteafricanas, que exportaba el abundante vino y sal que producía hacia África y que sufría en sus carnes las consecuencias de las hostiles actividades de los corsarios berberiscos.

Las intensas relaciones con África decayeron con el tiempo debido a un conjunto de causas, entre las que cabe destacar la inseguridad creciente de la navegación en aquel ámbito, derivada de las frecuentes expediciones corsarias que padecía la zona. Sin embargo, la conquista y la colonización de América abrieron amplias perspectivas al comercio portuense, que asistió a la temprana formación de un incipiente grupo de cargadores a Indias encargado de dicho comercio. Trascendente para la historia de El Puerto fue también la radicación en su río del invernadero de las galeras reales a partir de 1540, que conllevó la presencia en la villa de renombrados capitanes generales de galeras, como Bernardino de Mendoza, Álvaro de Bazán o Luis de Requeséns, y de destacados personajes de la historia española, como Juan Andrea Doria o Juan de Austria. Pero la estancia de las galeras también significó la existencia de una dualidad de jurisdicciones que acarreó no pocos problemas e inconvenientes a la población.

Por lo demás, este conjunto de circunstancias de orden marítimo, comercial y militar contribuyó vivamente al crecimiento y ennoblecimiento de la villa portuense, la cual, bajo el activo mecenazgo de sus señores jurisdiccionales, los duques de Medinaceli, registró fundaciones notables, como las de los monasterios de la Victoria, San Francisco y la Concepción, y asistió al remate de grandes obras, como las de la Iglesia Prioral, construida bajo el patrón gótico, o la nueva casa de cabildos. La vida religiosa alcanzaba una intensidad sin precedentes con la fundación de conventos, ermitas y cofradías, al tiempo que se desarrollaban diversas fundaciones asistenciales y tomaba cuerpo el universo de las devociones populares.

Todo ello, desde el punto de vista de Hipólito Sancho, no constituyó sino el preámbulo de una época de brillos aún mayores, a la que el ilustre historiador de la ciudad dedica el libro III de su obra (“La época de esplendor”). Aborda aquí una dilatada etapa que tiene su comienzo en los albores de la décimo séptima centuria y concluye ya avanzada la décimo octava, en 1729, momento que marca un hito en la historia de El Puerto de Santa María por ser éste el año en que se produjo su incorporación a la Corona, concluyendo así el largo período señorial.

A comienzos del XVII, la estancia del príncipe Manuel Filiberto de Saboya como capitán general del Mar Océano significó un momento de especial relevancia. Manuel Filiberto patrocinó algunas fundaciones en El Puerto, tales como la del convento de franciscanos descalzos de San Antonio y el Hospital de Galeras. Años después de finalizado su mandato, la Capitanía General del Mar Océano recayó en la Casa de Medinaceli, que la ejerció durante largas décadas. Desde ese momento y hasta que Carlos II reclamó la presencia en la Corte del duque don Juan Francisco para encargarle que asumiera el gobierno del país, la residencia de los Medinaceli en El Puerto fue continuada, extendiendo este linaje señorial un activo patronazgo sobre diversas instituciones de la vida local. Al duque don Antonio Luis se debieron tres fundaciones: las del convento de los dominicos, la de la iglesia del convento de San Antonio y la del Hospital de la Misericordia. La continuidad de la residencia de la Capitanía General, ejercida por los Medinaceli, fue compatible sin embargo con la retirada del invernadero de galeras en 1688, debida a la obstrucción de la boca del río Guadalete.

El XVII fue también el marco propicio para la constitución de una poderosa clase social que iba a marcar los rumbos de la historia local portuense. Este grupo, que Hipólito Sancho definió como “aristocracia de dinero y sangre” y que tendría continuidad en el siglo XVIII, se nutrió de ricos cargadores a Indias en gran medida de procedencia foránea, entre los que destacaron sobre todo los de origen vasco-navarro (Aranibar, Vizarrón, Eguiarreta) y extranjero (franceses y flamencos, en especial). Esta clase de cargadores protagonizaría una elevación del tono de vida de la ciudad y contribuiría notablemente a transformar la fisonomía de ésta mediante la construcción de las grandes casas-palacios características de su tradicional urbanismo.

El esplendor mercantil de El Puerto coincidió con la basculación hacia la bahía de Cádiz de la cabecera del tráfico colonial operada a partir de la segunda mitad del siglo XVII. El comercio atlántico atrajo hacia la ciudad hombres y fortunas que contribuyeron a prestar el halo de época dorada que desprende aquel período de prosperidad. Una consecuencia de tal coyuntura fue el incremento y diversificación de las colonias extranjeras asentadas en la ciudad. La trayectoria mercantil de El Puerto tuvo, sin embargo, un momento de ruptura a raíz de la invasión de la bahía de Cádiz por tropas anglo-holandesas en 1702, en el marco de la Guerra de Sucesión. Las calamidades de la guerra y el deterioro que la invasión produjo en el comercio de El Puerto, aunque pasajeros, tuvieron serias consecuencias, que son objeto de puntual tratamiento en la obra de Hipólito Sancho.

Este autor presta también permanente atención al desarrollo artístico, institucional, espiritual y cultural de la ciudad. Por lo que respecta a la arquitectura, deja constancia del derrumbamiento de la Iglesia Mayor y de su posterior reedificación a cargo de los maestros Antón Martín Calafate y Francisco de Guindos, así como de otras muchas obras civiles y religiosas. En los demás órdenes de la vida indicados, destacan hechos como la fundación del convento de Santo Domingo, la organización de la beneficencia con la entrada de la Orden de San Juan de Dios a cargo del Hospital de la Misericordia y la fundación del Hospital de San Sebastián, la institución de la Hermandad de la Santa Caridad, la fundación de la cofradía de los Milagros y el incremento del elenco de cofradías portuenses, entre otros.

El libro IV (“El Iluminismo”, quizás el de título menos afortunado) tiene su inicio en el momento de la incorporación de El Puerto a la Corona, coincidente en el tiempo con la estancia en la ciudad de la familia real de Felipe V, cuyos pormenores relata Hipólito Sancho. El decreto de incorporación —uno de los hechos más importantes de la historia política portuense moderna— fue seguido del nombramiento de un regimiento interino y, más tarde, de la venta de los cargos del cabildo portuense, origen de una oligarquía de poder propietaria de los oficios públicos cuyos miembros eran, en buena parte, destacados cargadores a Indias integrantes del poder económico nacido de la favorable coyuntura registrada en las décadas precedentes.

El siglo XVIII asistió también a otros cambios en el gobierno político de la ciudad, inspirados en los nuevos presupuestos del reformismo borbónico. La sustitución de la figura del corregidor por un gobernador político-militar fue uno de ellos. La intervención activa de los capitanes generales en los asuntos municipales, de acuerdo con los patrones y objetivos del gobierno ilustrado, fue otra de las novedades a destacar. Capitanes generales como Idiáquez, Villalba y O’Reilly desarrollaron una labor importante de cara a mejorar las infraestructuras de la ciudad y a desarrollar un nuevo urbanismo inspirado en los modernos modelos ilustrados. La traída de aguas desde los manantiales de Sidueña, la construcción de la fuente de Galeras para abastecer a los navíos surtos en el Guadalete, la formación del paseo de la Victoria, la erección de los cuarteles del Polvorista, la inauguración del Hospital de la Providencia, la disposición del paseo del Vergel y de nuevos muelles junto al río y la construcción del puente de San Alejandro (víctima el día de su fundación de un desgraciado hundimiento que se cobró muchas muertes) figuran entre las grandes obras de modernización acometidas por aquellos gobernantes ilustrados.

Se trató también de una época preocupada por el desarrollo cultural y el impulso educativo, a la que correspondió una cierta floración de instituciones de en-

señanza de la que son muestra la fundación en 1732 del colegio de los jesuitas y la de la escuela de la Aurora, que estuvieron acompañadas por la continuidad de los estudios conventuales ya implantados, así como por un importante crecimiento de las escuelas de primeras letras. La imprenta hizo acto de aparición por vez primera en la ciudad hacia 1737. Al momento cultural vivido correspondió la aparición de mecenas, escritores e historiadores ilustrados, tales como el marqués de la Cañada, Roche, Ureña, Ruiz de Cortázar y Rubio de Espinosa. El nuevo espíritu de la época se tradujo también en renovadas concepciones estéticas que no lograron imponerse sino muy lentamente y que contaron con resistentes pervivencias. El arte local se situó así a caballo entre el barroco tardío y el nuevo clasicismo que se abría camino, visible en las construcciones religiosas y civiles.

No olvida Hipólito Sancho en las páginas que dedica al siglo XVIII, como ya hiciera en los anteriores, efectuar un repaso a la vida religiosa de la ciudad, en la que, junto a la construcción de nuevos templos y al desarrollo de las cofradías, ermitas y devociones populares, destacan la fundación del convento de capuchinas de San Miguel y las encendidas predicaciones del beato fray Diego José de Cádiz.

Parcas son, en cambio, las páginas que dedica a la vida económica local, con las que remata la obra y que ofrecen un sumario testimonio de la roturación de alrededor de doscientas aranzadas de arenas para el cultivo de viña, los fracasados conatos industriales de la segunda mitad del siglo, la ruina de las salinas tras la invasión anglo-holandesa y el desarrollo comercial, base de la economía de la ciudad en el Setecientos. La síntesis de Hipólito Sancho se completa con unos nutridos apéndices dedicados a las magistraturas portuenses durante la Edad Moderna (alcaldes-corregidores, corregidores, gobernadores y alcaldes de la fortaleza), acompañados de sendos índices onomástico y toponímico.

3. Valoración crítica de la obra de Hipólito Sancho

Cuando Hipólito Sancho entregó a la imprenta el original de su *Historia del Puerto de Santa María* (la obra fue publicada por la Editorial Escelicer en 1943, después de obtener el año anterior el premio del concurso convocado por la Diputación Provincial de Cádiz), escribió una advertencia preliminar en la que afirmaba categóricamente: “sentimos más que nunca la conciencia de haber hecho una obra incompleta y prematura”. Más allá de una fácil fórmula de *captatio benevolentiae*, detrás de estas palabras se adivina el profundo sentido de la autocrítica y la autoexigencia del autor, cosa a todas luces positiva. Hipólito Sancho lamentaba haber esbozado apenas los

temas de estudio y haber tenido que prescindir, en aras de la brevedad y la medida, de muchas cuestiones, aunque lo más amargo para él era la conciencia de la desigualdad de técnicas que había aplicado, pues, junto a capítulos de investigación, coexistían en el libro otros que se limitaban a divulgar aspectos ya estudiados —muchos por él mismo— con anterioridad.

Esta actitud, que va mucho más lejos de la falsa modestia, le honra y le engrandece. El libro, “mixto como es de investigación y síntesis” (lo vuelve a afirmar en la página 528 de la edición original), constituye la obra que ha dominado la historiografía portuense durante un medio siglo largo. Podría decirse aún más que la ha dominado: la hegemonizado casi por completo. Y es que esta obra ofrece mucho más que un conjunto abigarrado de datos. Aporta un esquema temporal y temático que permite una aproximación interpretativa del papel jugado por la historia en El Puerto y por El Puerto en la historia, es decir, la urdimbre sobre la que inscribir un discurso coherente sobre el devenir de la ciudad. Todos o casi todos los grandes temas que configuran la historia medieval y moderna de El Puerto están abordados, pero, aún así, el campo de intenciones del autor y su caudal de conocimientos no se agota en sus páginas. Por el contrario, son otras muchas las posibles temáticas que apunta, variadas las futuras monografías que anuncia y numerosas las líneas de investigación que sugiere a los futuros historiadores de la ciudad.

Una virtud destacada de Hipólito Sancho es que concedía un gran valor a la documentación histórica como fuente de su trabajo. Don Hipólito debió ser un buen lector de escrituras antiguas y, para su síntesis sobre la historia de El Puerto, frecuentó la documentación histórica municipal e incorporó como novedad la documentación notarial, de la que también hizo frecuente uso. Es posiblemente este apego a las fuentes originales lo que confiere a su labor historiográfica una cierta pretensión de cientifismo y lo que le permite marcar distancias respecto a la historiografía local anterior, más orientada hacia la exaltación de las virtudes locales, más localista en suma.

A pesar de ello, Hipólito Sancho prefiere abiertamente los esplendores a las penumbras de la historia portuense. Su obra —sin llegar a identificarse completamente con la corriente de exaltación imperialista que prevaleció en los años en que vio la luz— está teñida de un conservadurismo ideológico que empuja al autor a realizar frecuentes afirmaciones valorativas cuyo efecto es juzgar la historia más que interpretarla, desde presupuestos que son en todo caso relativos. En tal sentido, es preciso apreciar, junto a las innegables virtudes de la obra, sus defectos, aunque más de uno de ellos pueda explicarse en función de las precisas coordenadas en las que fue escrita.

De esta forma, las críticas que pueden realizarse son diversas. Es de lamentar, en primer lugar, que, a pesar del afán totalizante de don Hipólito (“historia integral” lo define él mismo), la obra afecte un cierto desequilibrio desfavorable al siglo XVIII y que prescinda absolutamente del XIX, período sobre el que evidencia claros prejuicios y al que juzga como una etapa de decadencia. Se echa también de menos los imprescindibles anclajes en la historia general, aunque es necesario insistir en que el de Hipólito Sancho no es un trabajo de estricto corte localista. Un trabajo tan ambicioso en sus referencias temporales y temáticas acusa también errores y carencias, que en parte la historiografía actual ha contribuido a enmendar y a cubrir.

La ausencia en la larga lista de fondos que el autor consultó de la documentación señorial custodiada en el Archivo Ducal de Medinaceli tiene, en primer lugar, como consecuencia un desenfoque en cuestiones tan trascendentes para la historia moderna de El Puerto de Santa María como son la transacción entre los señores jurisdiccionales y sus vasallos portuenses en los pleitos que ambas partes mantuvieron o la incorporación de la ciudad a la Corona⁴⁵. Complica Hipólito Sancho también, a raíz del descubrimiento unos años antes de la edición de su libro de una imagen mariana medieval emparedada en los muros del Castillo de San Marcos, la identificación, que hasta entonces había estado clara, de Santa María del Puerto, la imagen medieval a la que las *Cantigas* de Alfonso el Sabio atribuían acciones milagrosas, con la Virgen de los Milagros, patrona de la ciudad⁴⁶. Sostiene que no existió en El Puerto una Sociedad Económica de Amigos del País, la cual, sin embargo, ha podido documentarse ampliamente en época reciente⁴⁷. Sitúa en la ciudad la sede de una Academia Portopolitana de Medicina y Cirugía que se ha demostrado que, en realidad, residió en Oporto y no en El Puerto. Y contribuyó a difundir una falsa tradición según la cual una historia manuscrita de la ciudad de la época de la Ilustración, felizmente conservada y a la que recurrió frecuentemente para la redacción de su síntesis, fue escrita por Rubio de Espinosa, cuando se ha podido demostrar fehacientemente que su autor no fue tal, sino Anselmo José Ruiz de Cortázar⁴⁸.

45 Juan José Iglesias Rodríguez, “La incorporación de El Puerto de Santa María a la Corona en el marco de las relaciones entre monarquía y nobleza señorial”, en *Señorío y Feudalismo en la Península Ibérica, siglos XII-XIX*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1993, tomo IV, pp. 193-206.

46 Juan José Iglesias Rodríguez, *Monarquía y nobleza señorial en Andalucía. Estudios sobre el señorío de El Puerto (siglos XIII-XVIII)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2003, pp. 51-66.

47 Juan José Iglesias Rodríguez, “Ilustración y mentalidad benéfica: la Sociedad Patriótica de Amigos del País de El Puerto de Santa María”, en *Cádiz en su historia*, V, Cádiz, 1986, pp. 105-120; “Los ‘amigos del país’ portuenses en la crisis de la Ilustración”, *Archivo Hispalense*, 220 (1989), pp. 189-201.

48 Anselmo José Ruiz de Cortázar, *Puerto de Santa María ilustrado y compendio historial de sus antigüedades (1764)*, ed. crítica de Enrique Pérez Fernández y Manuel Pacheco Albalade, El Puerto de Santa María, Ayuntamiento, 1997.

Se trata, en todo caso, de cuestiones que pueden ser calificadas como menores en relación con una obra titánica que se trazó como objetivo nada más y nada menos que reconstruir la historia de El Puerto de Santa María desde su incorporación a los dominios cristianos en el siglo XIII hasta los epígonos del siglo XVIII⁴⁹. Una obra cuya mayor virtud, aparte de ofrecer un esquema narrativo lógico y coherente sobre el devenir de la ciudad, consiste en abrir surcos a la investigación posterior. Se trata, por ambos motivos, de una referencia inexcusable para los historiadores locales de El Puerto de Santa María, cuyo trabajo facilita y estimula y que, hoy en día, se enfrentan al doble reto de profundizar en los caminos abiertos por don Hipólito y, al mismo tiempo, de superarle; de aprovechar su magisterio y simultáneamente trascenderlo.

Sobre la anterior historiografía local ilustrada y decimonónica de El Puerto de Santa María, la obra de Hipólito Sancho destaca de manera especial por varias razones⁵⁰. La primera, por su amplitud. En segundo lugar, por la renuncia a especulaciones sobre aspectos legendarios y a una intención abiertamente panegírica. En tercer lugar, el valor de la producción de Sancho consiste en descubrir los principales condicionantes históricos de la ciudad y en organizar un relato ordenado y coherente sobre el mismo. Hay que resaltar también, entre otros valores, la superación que llevó a cabo don Hipólito de un horizonte exclusivamente localista, que puede tenerse por limitador y empobrecedor. Por ello, Sancho de Sopranis fue más que un cronista local, y también porque su obra no representa un mero recitativo de anécdotas, sino un intento por reflejar perspectivas globales, contextos amplios y tendencias evolutivas.

Todavía se podría añadir dos méritos más a la personalidad de Hipólito Sancho como historiador. Se trata, en primer lugar, del sentido de la intuición del que hace gala en muchos momentos de su obra, capacidad que combinó brillantemente con la tenacidad y la constancia del trabajo erudito, forjado en el estudio de la documentación original y en miles de hora de trabajo de archivo y despacho. En segundo lugar, el hecho de ocuparse no sólo de aspectos político-institucionales, sino también

49 La obra de Hipólito Sancho, como la de cualquier historiador, tiene luces y sombras. Así lo reconoce el propio Toscano de Puelles en las páginas 30-33 de su *Bibliografía*, aportando ejemplos concretos de los errores cometidos por el erudito portuense. Sin embargo, me parece en extremo riguroso, incluso ocasionalmente fuera de tono, el polémico artículo crítico publicado por Manuel Romero Bejarano en el *Diario de Jerez* de 7 de septiembre de 2014 bajo el título “¿Por qué, Hipólito?”.

50 Que ya expuse en Juan José Iglesias Rodríguez, “Día del Libro. Homenaje a don Hipólito Sancho”, *Pliegos de la Academia*, nº 4 (julio 1992), pp. 2-4. Sigo, en líneas generales, en los siguientes párrafos lo que ya escribí en aquella ocasión.

de problemas económicos y sociales, en un momento en el que dominaba absolutamente el paradigma de la historia positivista.

Pero, sobre todo, el rasgo favorable que se debería resaltar por encima de cualquier otro es la utilidad manifiesta de su obra. Utilidad no sólo en el sentido más directo de dar a conocer vastas parcelas del pasado histórico portuense, sino también en el de promover el interés y la inquietud hacia el mismo. Lo mejor que puede decirse de Hipólito Sancho y de su legado es que ha oficiado como maestro de una generación de historiadores locales que en los tiempos recientes han retomado su obra y profundizado en las parcelas temáticas que abordó⁵¹.

El trabajo de los historiadores está inevitablemente sujeto, en general, a una serie de condicionantes, entre los cuales se halla, en lugar destacado, el momento concreto en que desarrollan su labor. Hipólito Sancho, como es natural, fue un hombre de su época. Y no sería correcto ignorar conscientemente, a sabiendas de que ello nos podría conducir a una falsa valoración de su obra, los condicionantes de aquella época. Uno de ellos, y no menor, consistió en las dificultades de tipo material con las que tropezaba la investigación, sobre todo la consulta de fondos ubicados en lugares lejanos al de residencia habitual. Ello explica que don Hipólito no utilizara en líneas generales otra información que la procedente de los archivos locales.

Las lagunas y errores a los que este hecho pudieron conducirlos no son imputables a la falta de sagacidad o a la impericia. Don Hipólito fue maestro, y muy destacado, en lo suyo, pero hay que insistir en que, como historiador, se vio condicionado y limitado por las circunstancias concretas en las que desarrolló su labor y a las que tuvo que hacer frente en la medida de sus posibilidades. Lo importante en él es que abrió perspectivas, mostró el camino a seguir y allanó muchas de sus dificultades. Y por eso debemos gratitud a su memoria. Un agradecimiento que no representa sino el primer paso para pagar la gran deuda que tenemos contraída con don Hipólito, de cuya fecunda tarea de erudición somos tributarios.

El siguiente paso, quizás el más importante, será continuar la labor que él emprendió con tanto entusiasmo y tan notorios resultados. Éste será el mejor homenaje que podemos tributarle. No dedicarnos a la simple exaltación de su obra, sino a sacar el mayor provecho de sus enseñanzas para proseguir sacando a la luz el pasado de nuestra ciudad, el cual, en gran medida y a pesar de todos los esfuerzos realizados, sigue reposando en la paz serena de los archivos en forma de documentos, en las

51 Una amplia muestra del potente desarrollo de la reciente historiografía portuense, con valoraciones sobre la influencia de Hipólito Sancho sobre ella, puede encontrarse en Juan José Iglesias Rodríguez (ed.), *La historia local a examen. Balance de dos décadas de historiografía portuense*, El Puerto de Santa María, Concejalía de Cultura, 2005.

calles y las gentes de El Puerto en forma de historia viva, o en el arcano profundo de la tierra en forma de materiales arqueológicos.

La deuda principal que hemos contraído con don Hipólito es la de seguir su ejemplo de hombre de su tiempo, inquieto por conocer y difundir las raíces históricas de la realidad que le tocó vivir.

Releer la historia, reinterpretarla a la luz de nuestro propio tiempo. Repensar, como generación presente, nuestra historia. Don Hipólito cumplió. La pelota, como suele decirse, está ahora en nuestro tejado.

Y, ahora sí para concluir definitivamente, me parece oportuno recordar lo que escribió Fernando Toscano de Puelles allá por 1993 en el Prólogo de su *Bibliografía de Sancho*:

“Se cumplen cien años del nacimiento de don Hipólito Sancho de Sorranis, maestro de la investigación surandaluza. Su nombre evoca la tarea de búsqueda científica y publicismo erudito acaso más impresionante, en su conjunto, realizado en esta zona. Se merece siquiera la reunión bibliográfica de su obra, como homenaje y correspondencia a quien desentrañaba y exponía la Historia —expresamente— para dotar a sus coterráneos de una conciencia histórica.

Sin apenas precedentes, frente a los obstáculos exteriores e internos de la dificultad intrínseca, de las mentalidades trasnochadas, la soledad, la falta de medios, la incompreensión, etc., Sancho ha levantado en cincuenta infatigables años el sólido monumento historiográfico que le exigía el apremio de su vocación. Sería incalificable perder los frutos de esta singular aventura, o asumir la responsabilidad de una especie de ingratitud al hombre, de traición al mejor saber”⁵².

Un diagnóstico, sin duda, inapelable.

52 Fernando Toscano de Puelles, *Bibliografía y recuerdo...*, op. cit., p. XIII.